



La fiesta del libro

**QUÉ ES EL LIBRO.-SU EVOLUCIÓN DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.
LOS CÓDICES.-EL PAPEL Y LA IMPRENTA.-EL PERIODISMO.**

Simpatía por demás ha sido la idea de exaltar el libro como base del progreso intelectual. Hablar del libro, es hablar de la ciencia que poco a poco el hombre adquiere y transmite a las generaciones futuras enriqueciendo sus conocimientos, aumentando su capacidad espiritual, su poder y su energía cerebral; hablar del libro, es hablar de la verdad, y en último término de la verdad absoluta, de Dios, en fin, donde reside aquélla, a cuya aspiración tiende el hombre.

Imposible nos parece que hubiera una época en la historia de la humanidad en que se desconociera hasta la escritura, que el pensamiento, expresado por la palabra se perdiera. Triste condición la del hombre en ese estado de miseria intelectual, muy semejante en lo físico a la edad de piedra; trágica epopeya del dolor, sublimada por el esfuerzo indomable y la constancia asombrosa de aquellos humanos que deseaban vencer las fuerzas ciegas de la naturaleza, y que al fin vencieron por su inteligencia y por su voluntad.

Por eso honrando al libro enaltecemos al hombre, porque de él nació, porque es producto de su espíritu tenaz y fuerte, y por eso encierra un poder único avasallador, que tiene un efluvio divino, y como divino, inmortal y eterno.



¿Cómo definiremos el libro? Se entiende por libro en general, toda colección ordenada de hojas escritas y unidas que contienen una parte o modalidad del pensamiento humano. Luego, es indudable que para la formación del libro se precisó antes el descubrimiento de la escritura y la materia en que debía describirse.

Sin tratar en estos momentos del origen del alfabeto conocido actualmente y su parentesco con las escrituras demóticas de Egipto, (1) podemos afirmar que los tres reinos de la naturaleza contribuyeron a la composición del alfabeto. En Asiria y Caldea utilizaron la arcilla en sus tabletas repletas de escritura neiforme; (2) el hueso, el marfil, y sobre todo el pergamino y sus hermosas telas, en casi todo el oriente; y por último, por no enumerar otras sustancias el papiro, famosa invención nacida en las orillas del Nilo, que exportó a todo el mundo antiguo.

Pero qué trabajo más enorme el componer un libro en esa época! Los egipcios grababan los trazos en forma de cuña con un instrumento punzante de masa de arcilla, sometiendo luego las tabletas a la cocción o al endurecimiento. Los egipcios escribían o pintaban en el papiro con tinta negra y de colores aplicaban con pincel o caña, y tal debió ser la perfección de los medios empleados que sus escritos y jeroglíficos se conservan todavía inalterables y con singular viveza de color; de los griegos no se conservan manuscritos anteriores a la fundación de la escuela de Alejandría, la que siguió en la escritura los mismos procedimientos del Egipto.

Entre los romanos fué donde adquirió suma importancia el libro. Se ocupaban con gran esmero los códices corriendo el trabajo a cuenta de los escribas o instruidos (servi litterati), que se adiestraban para ello. También había copistas o amanuenses de profesión, que generalmente eran libertos o extranjeros, y no todo griegos.

Los autores escribían sus obras con letra cursiva, y los esclavos o libertos tomaban a su cargo el ponerlas en limpio con letra capital o uncial, añadiendo curiosas y variadas decoraciones, miniaturas, dorados, etc. Para tener en los renglones del escrito la hermosa igualdad o uniformidad que el tiempo realza, señalábanse previamente las hojas de pergamino con plombario o lápiz-plomo, trazando líneas verticales cerca del borde de las páginas para definir bien el margen de cada una, luego se dividían estas líneas a lo largo en partes iguales por medio de un compás, fijando bien los puntos, y por ellos trazaban líneas horizontales, constituyendo así lo que se decía la «membradura sulcata».

En la edad media siguióse el mismo procedimiento empleado por los romanos. El clero fué el que guardó la tradición, y los monjes se encargaron de conservar los tesoros científicos y literarios de las generaciones que le precedieron.

(1) Las últimas investigaciones arqueológicas realizadas en Cnosos (Candia) y en las islas y costas del mar Egeo por eruditos egiptólogos, demuestra la existencia de una escritura pre-fenicia con caracteres alfabéticos, los cuales guardan estrecha semejanza con los alfabéticos prehistóricos y de la primera dinastía egipcia, que pudieron influir en la formación de la misma escritura egipcia.—A. J. EVANS, *Primitive pictographs and a pre-phoenician script* («Journal of the Alphabet.» London, 1899, t. I, pág. 70.

(2) Los griegos y romanos usaron para sus documentos de corta extensión, especialmente para las misivas, unas tablillas ya recubiertas de cera sobre las cuales escribían con un instrumento llamado estilo, ya pintadas con albayalde. Las tablas encerradas recibían, según su mayor o menor tamaño, distintos nombres. Las ceruseadas o recubiertas de albayalde se escribían con el *calamus* o caña, siendo su uso muy general en Roma y dando lugar, por su color, al nombre de *librum* que se aplicaba al códice formado con varias de estas tablillas.

consagrando su vida a la transcripción de los antiguos manuscritos y a la posición de otros nuevos (1).

En el interior de los conventos había un lugar retirado y fuertemente abovedado, que se destinaba a la formación de códices, llamado «scriptorium»; allí, uno de los monjes tenía su pupitre con los libros y utensilios necesarios, castigando en pena de excomunión al que extrajera los libros del lugar donde debían colocarse; unos eran escribientes o pendolistas, otros iluminadores o decoradores. Los primeros dejaban sin escribir las letras capitales e iniciales, que los portadores, al componer el libro, y los segundos se encargaban de esta labor que los primeros habían terminado la sra.

Empleábase la tinta roja para títulos y advertencias o glosas, que por eso se llamaban rúbricas, y el texto con tinta negra; se escribía con pluma de oca, un uso común desde el siglo VI. Las letras iniciales se adornaban caprichosamente, sobre todo después del siglo VIII. Unas eran antropomórficas, otras zoomórficas, ictiomorfas y ornitóideas, etc.

De tan noble ejecutoria descende el magnífico ejemplar que se custodia en la Biblioteca Provincial aneja a nuestro Instituto nacional de segunda enseñanza, un hermoso códice conocido con el nombre de «Officium parvum Beate Marie virginis», que data del siglo 14, fecha que se corrobora no sólo por el tipo ojival de la pintura, sino también por la cronología del calendario que encierra el libro, y las canonizaciones de santos del martirologio romano.

Tan precioso códice se compone de 155 hojas sin foliación y a una sola columna por plana, de letra gótica y en lengua latina, si bien en la página 83 se encuentra una oración devota a la Virgen en francés, de la época, de letra carlovingia y en la 151 otra oración también en francés, pero en letra gótica, dedicada a San Clemente.

El texto consiste en el llamado oficio parvo de Ntra. Señora, salmos penitenciales y letanías mayores, oficio de la Santa Cruz, del Espíritu Santo y Diáconos; a éste siguen antifonas e himnos de otros santos, terminando con una oración a Santa Genoveva.

La importancia de este códice, de origen flamenco, estriba a nuestro juicio en sus pinturas que le adornan y enriquecen, llamando la atención el extraordinario lujo desplegado en su confección y la abundancia de orlas caprichosas con motivos sacados del reino animal que recuerdan los antiguos bestiarios usados en la época romana. Un detenido examen del «Beato» nos muestra el grado de perfección alcanzado en esos trabajos tan delicados durante la edad media y la satisfacción de poseer una de esas joyas.

1) La sala o recinto destinado a guardar los libros, y también la misma colección de ellos, se llama biblioteca (de la ciudad fenicia Biblos). El más famoso de estos centros en la antigüedad es la biblioteca de Alejandría en Egipto, fundada por Ptolomeo I Soter (322 antes de J. C.), el cual llegó a reunir 700.000 volúmenes. Para él hizo traducir Ptolomeo Filadelfo (285 a. de J. C.) la Sagrada Escritura de los judíos, del hebreo al griego, traducción conocida con el nombre de *Versión de los Setenta*. Tienen así mismo celebridad histórica la biblioteca de Pérgamo, que alcanzó a 200.000 volúmenes, y la fundada por Pisistrato en Atenas.

De seguir componiéndose los libros según los procedimientos señalados anteriormente, hubiera sido imposible la divulgación de la ciencia; era necesario buscar otra materia más abundante y más barata que el pergamino, y sustituir al amanuense o copista por otro factor que simplificara el trabajo multiplicando la mano de obra. Lo primero se consiguió con la invención del papel, y lo segundo con el descubrimiento de la Imprenta.

Como españoles debemos estar orgullosos al consignar que fué nuestra patria la primera en fabricar y utilizar el papel (1). Es cierto que los chinos habían elaborado desde tiempo inmemorial el papel de seda y el de bambú, y que los árabes en el siglo VII aprendieron a fabricarlo, si bien sustituyendo a la bori de seda y al bambú, el algodón que se producía con mayor abundancia en el país. El papel de algodón pasó con los árabes a España y se propagó por Europa en el siglo IX; sin embargo, sus condiciones materiales, que le hacían fácilmente destructible, ya por la humedad, ya por el rozamiento, ya por el fuego, contribuyeron a que no predominase su uso sobre el pergamino y el papiro.

Una nueva materia, el lino, abundante en nuestra Península, especialmente en la costa de Levante, sirvió para la fabricación del papel. Adoptáronla los árabes, y fabricaron el papel de hilo que alcanzó renombre en toda Europa. Hizo célebre a Ceuta, Játiva y Toledo, puntos principales de producción. Hacía el siglo 12 en que comenzó a usarse en España este papel, empezó el uso del trapo como primera materia para la elaboración del papel. El de lino y el de trapo, predominando este último, se generalizaron en los estados árabes de la Península en el siglo 12 y pasaron a usarse en los cristianos en el siglo 13.

XENOFONTE.

(Continuará)



(4) El papel *cebtí* y el de Játiva eran de más esmerada fabricación que el *toledano*, el cual aun se distingue hoy por lo estoposo y mal batido. Pedro Mantuano, abad del monasterio de Cluny en Francia, menciona entre las diversas materias escriptorias usadas en España en su tiempo (siglo XII), el papel *ex rursuris veterum pannorum*. El repartimiento del reino de Valencia, documento del año 1237 que se conserva en el Archivo general de la corona de Aragón, considerado como el más antiguo de los escritos en papel que han llegado hasta nosotros. Los documentos que se citan del siglo XII no son sino copias bastante posteriores.